

# EL DIALOGO ENTRE CREYENTE Y NO-CREYENTE

En uno de los trabajos del extraordinario de esta revista sobre el matrimonio se hace alusión a mi pensamiento religioso (y al de otros muchos como yo).

Opino que cada uno debe ser libre de pensar con arreglo a sus íntimas convicciones, pero el diálogo que el mundo actual exige entre creyentes y no-creyentes no debe terminar con una somera e inexacta interpretación de lo que pensamos muchos hombres y mujeres católicos de nuestro tiempo. Por eso quiero aclarar mi pensamiento, que es el de otras muchas personas como yo.

Por mi formación científica he adquirido la costumbre de poner siempre antes la razón que cualquier otra clase de autoridad, y en tiempo del Concilio lo llevé a efecto en muchos artículos escritos en esta revista, cosa que no pude hacer en otras publicaciones de significación católica. Y es que —y en eso coincido con la articulista— hay (había entonces, más bien) demasiados católicos acostumbrados a lo contrario: para ellos no era lo primero la conciencia, sino la ciega obediencia.

Después, la reflexión del Concilio ha despejado muchas cabezas que, más o menos, han adoptado la postura que entre los años 1962 a 1965 propugnó aquí, y que se resume en esta frase tajante del cardenal Newman en el siglo pasado: «Si después de una comida me viera obligado a lanzar un brindis religioso... bebería a la salud del Papa, creedlo bien; pero primeramente por la conciencia, y después por el Papa». (*Certain Difficulties felt by Anglicans in Catholic Teaching*, Longmans, Londres, 1901.)

El cardenal Léger (un hombre que renunció después totalmente al boato y burocracia eclesiásticos) tuvo también la valentía de afirmar en el aula conciliar: «Dada la condición humana, la libertad de investigación es condición sine qua non del progreso de toda ciencia». Y el Concilio lo tuvo en cuenta precisamente en una época en que la libertad del creyente estaba más mediatizada incluso que en la Edad Media. Dos filósofos polacos, que son creyentes, profesores de la Universidad de Lublin (Polonia), así lo enseñan con toda razón: «La alta Edad Media parece haber sido más libre que la baja o incluso que la época moderna». (J. Kalinowski y S. Swiezawski, *La philosophie à l'heure du Concile*, Ed. Internationales, Paris, 1965.) Por eso creen también que de una vez se ha hecho claro entre los católicos que «la vida intelectual, igual que el arte, exige la libertad...; (y) no puede haber filosofía sin libertad; por eso la causa última del dogmatismo de la filosofía cristiana se debe a las desviaciones del poder eclesiástico» (o. c.).

Pocas personas habrán empleado en España la «crítica religiosa» más que yo, porque considero imprescindible una constante purificación de la pesada carga que se ha ido adhiriendo a la experiencia religiosa fundamental, único núcleo básico al que el creyente debe referirse, como he expuesto recientemente en mi artículo «¿Nuevo Dios a la vista?».

Por eso me extraña que, a propósito de un artículo mío sobre «La mujer y la familia», se me atribuya una postura contraria a lo que ahora aclaro a los lectores, y que está —día tras día— en casi todos mis artículos.

En aquel trabajo acerca de la historia y origen de la familia para nada echaba mano de la Biblia, sino de los antropólogos actuales, como Ralph Linton o Ashley Montagu, que no son ningunos timoratos religiosos, sino simplemente unos científicos que han ayudado a ir perfilando hipótesis que en el siglo pasado eran la última palabra, pero que hoy han quedado desfasadas y requieren un reajuste, como ellos han demostrado. Y si mañana quedan desplazados Linton y Montagu y se demuestra un mayor acercamiento a las posturas decimonónicas yo las aceptaré sin hacer ningún aspaviento religioso.

Por eso no sustituyo totalmente a los investigadores Morgan ni Bachofen —que tuvieron su auge en el siglo XIX— por estos otros, sino que acepto también —porque me convencen sus razones y no por otra causa— las excelentes observaciones del primero sobre la evolución humana y sus complejas causas, poniendo en lugar preferente las técnico-económicas, y del otro su estudio de las fases matriarcales de la Humanidad, aceptadas no sólo por mí, sino también por teólogos cristianos tan tradicionales como Paul Evdokimov.

Pienso, sin embargo, que la investigación científica nunca dice su última palabra, sino que, de hipótesis en hipótesis, va acercándose a la verdad nunca alcanzable del todo, pero si circunscriptible cada vez más mediante una dialéctica rectificadora, que es la que nos hace progresar.

Yo, como creyente que baso mi experiencia de fe en la pre-

via aceptación plena de la razón, o sea, de lo que para mí es convincente, acepto plenamente las dos afirmaciones siguientes, que vienen de muy distinta fuente, y que transcribo a continuación.

La primera es de dos filósofos soviéticos que dicen: «(El) dogmatismo... en filosofía y ciencia designa un procedimiento del pensar que opera con conceptos y fórmulas invariables, sin tomar en consideración las condiciones concretas de lugar y tiempo, o sea, haciendo caso omiso del principio que afirma el carácter concreto de la verdad». (Rosental y Judin: *Diccionario filosófico*, ed. Universo, Argentina, 1967.)

Y la segunda, del propio Lenin en sus póstumos **Cuadernos filosóficos**, que aclaran y matizan lo que dijo en **Materialismo y Empiriocriticismo**: «El conocimiento es la aproximación eterna, infinita, del pensamiento al objeto. El reflejo de la naturaleza en el pensamiento del hombre debe ser entendido, no en forma inerte, no en forma abstracta, no carente de movimiento, no carente de contradicciones, sino en el eterno proceso del movimiento, en el surgimiento de las contradicciones y en su solución».

Por eso, lo mismo a la Biblia que a cualquier enseñanza eclesiológica tengo buen cuidado de aplicarle el escalpelo de la ciencia para saber lo que dicen, y el fundamento de lo que ciertamente afirman y no de lo que superficialmente parecen decir. Igual que haría con F. Engels, o con cualquier otro autor por respetable que fuese.

Por eso creo que la familia (y no el matrimonio —que es cosa muy distinta—, y mucho menos el matrimonio monógamo, como erróneamente se me atribuye) es algo que la antropología actual se inclina (con toda la modestia de una simple hipótesis) a aceptar como núcleo probable de la existencia humana de todas las épocas. Pero conste que no lo hago forzado por la Biblia, sino por los profesores Ralph Linton o Ashley Montagu, junto con otros muchos —como Margaret Mead— que han investigado el proceso humano con más datos y conocimientos que el mitólogo y jurista Bachofen o el antropólogo decimonónico Morgan. Todos los actuales antropólogos que cito dicen: «Cuando investigamos todas las sociedades humanas conocidas siempre encontramos alguna forma de familia». (M. Mead: *Male and Female*, ed. Mentor Books, 1958.)

Pero si me refiriese a la Biblia tengo que confesar paladinamente que, estudiada científicamente, no hallo en ella ninguna afirmación que me exija obligatoriamente un determinado proceso para la evolución prehistórica de la familia, ni mucho menos del matrimonio.

El Génesis no es un verdadero documento histórico ni una afirmación idealista que condicione nuestro conocimiento de la Historia. Entre otras cosas porque los 11 primeros capítulos de este libro del Antiguo Testamento son una leyenda prehistórica escrita muy posteriormente (que el especialista P. Lagrange, O. P., la llama «historia primitiva legendaria») y que sólo quiere darnos una enseñanza religiosa arropada en formas literarias imaginativas y populares, como afirman casi todos los escrituristas católicos ya desde hace tiempo. Pero no pretende hacer historia porque precisamente en los libros históricos bíblicos —y a diferencia del Génesis— se describe una situación poligámica muy distinta de la tardía enseñanza monogámica del Evangelio.

«La historia bíblica de los primeros tiempos pretende referir, ante todo, el plan de Dios; pero no indicar el contenido material de la prehistoria ni de la paleontología», como dice el teólogo Piet Schoonenberg, S. J. (*El mundo de Dios en evolución*, ed. C. Lohlé, Buenos Aires, 1966.) Por eso la Biblia no puede ilustrarnos, claramente sobre la historia ni el origen de la familia.

Esta es la causa de que una editorial obrera española, dirigida por católicos, como es la Editorial ZYX, no tenga inconveniente en traducir el libro de P. Kropotkin *El apoyo mutuo*, que mantiene la tesis de Engels sobre la familia como «producto tardío de la evolución de la Humanidad», y que una psicoanalista católica, admiradora de Bachofen, Maryse Choisy, crea que «la estructura familiar cambia con las épocas», y que en los primitivos «la horda no deriva de la familia, ni la familia de la horda, sino que estos modos de agruparse son independientes y coexisten el uno junto al otro». (M. Choisy: *Le guerre des sexes*, ed. Publications Prémilières, 1970.)

No, la Biblia es sólo una «guía para la acción» —como afirmaba en 1937 Mao-Tsé-Tung del marxismo—. Pero nunca un libro que nos enseñe paleontología, prehistoria o ciencia natural.

MIRET MAGDALENA